

## HOJALATERÍA Y TALABARTERÍA, OFICIOS COTIDIANOS

### RESUMEN

Recorrer los talleres de hojalateros y talabarteros nos remite al principio mismo de nuestra historia cotidiana. Su presencia, desde los más tempranos años coloniales, fue fundamental para satisfacer aquellas necesidades diarias de la naciente sociedad cuencana. Hojalateros y talabarteros nos muestran a través de su trabajo las costumbres y hábitos en la vida de la gente y, sobre todo, los cambios y transformaciones que se producen en la comunidad, muchas veces marcados de acuerdo a las piezas y a los utensilios que van construyendo o dejan de hacerlo; nos muestran con sencillez y humildad el devenir histórico de las necesidades sociales y culturales de nuestra colectividad.

Los avances tecnológicos, la urbanización de los poblados, el relativo mejoramiento de las vías, la migración de la población, la venta de productos extranjeros y aquellos elaborados con material sintético hace que sean ya muy pocas las talabarterías y hojalaterías existentes en nuestro medio. Ciertos oficios artesanales como la hojalatería y sobre todo la talabartería se encuentran en una franca e innegable crisis existencial.



Aún resuena en mis oídos el rítmico golpe de mazos de madera sobre viejas rieles de tren o el silbante sonido de la hojalata bajo la afinada presión de las tijeras o el chasquido plateado de la suelda escuiriéndose desde la punta incandescente del caudín en fillos de baldes, cantarillas, canales, candelabros, balanzas, embudos, regaderas, ralladores.

Puedo escuchar todavía los testimonios, cuando los aprendices eran quienes debían salir a vocear en las ferias, anunciando el buen trabajo de sus maestros o de aquellos tiempos cuando por las noches las viviendas se alumbraban con velas de sebo colocadas en candelabros o palmatorias o cuando se encendían los llamados faroles de visitas

*“llevados por empleadas domésticas, para conducir a sus patronos por las calles cuando realizaban visitas”* o de aquellas largas noches de trabajo cuando se reunían, a más de oficiales y aprendices, todos los miembros de la familia, porque debían entregar decenas de mecheros...

*“Por docenas, por cientos, por gruesas se hacían los candiles, llevaban a Loja para las fiestas del Cisne. En baldes lo mismo, llevaban como se decía antes por ternos; cada terno era un grupo de cinco baldes: litro, medio galón, galón, dos galones y tres galones...uno iba dentro de otro, se entregaba diez o veinte ternos”.* (Ángel Quishpe)

O de pronto percibir el ruido de los cascos de los caballos en las calles empedradas de Cuenca, cuando no había otro medio de transporte y de carga y las talabarterías existían una tras otra, de frente a frente, como se veían en las primeras décadas de la centuria pasada en la actual calle Presidente Córdova, conocida antes como Vásquez de Noboa, al menos desde la calles Tarqui hasta la Benigno Malo.

*“Se hacían varios tipos de monturas: la ordinaria que era la que montaba el chagra, la modelo americano, la de Machachi, las de paseo usaban los blancos, las de vaquería los peones para lacear al ganado, eso era bastante... En tiempos de mi papá, por ejemplo, se hacían monturas diferentes para las mujeres, las vi, pero yo nunca hice una; para esas sillas los fustes eran con dos cachos, nosotros decíamos que eran con curvas, dicen que las mujeres sabían montar de lado;*

*eran monturas de gancho”.*  
(Mercedes Cando)

Eran aquellos tiempos cuando, tanto en talabarterías como en hojalaterías, tener más de dos oficiales y más de cuatro aprendices era común y era bajo la tutela de los maestros artífices cómo iban aprendiendo cada una de las tareas involucradas en el oficio: el cuidado del taller, el manejo de las herramientas, el adecuado tratamiento de la materia prima y, por supuesto, le realización misma de los objetos.

*“Desde chiquito estoy en la hojalatería, desde guagua papá nos traía para tapar los jarritos; antes había bastante ese tipo de trabajo. Tapábamos los huecos de las ollas y, entonces, esas “chauchitas” nos daba papá por el trabajo... qué se yo, valía veinte centavos de sucre. Así poco a poco nos fue incentivando y siempre me ha gustado ver las formas que va tomando el cobre, la hojalata”.* (Juan Gutiérrez)

*“Cuando entré a aprender tenía catorce años; un tío, hermano de mi madre, era talabartero, se llamaba Juan Miguel Gallegos, me gustó y aprendí con él. Mi tío nos daba de todo para hacer: a ratos correas, a ratos las polainas, a ratos ayudar a hacer la montura, los estribos, el pretal, la sincha, la retranca, todito eso para los caballos. Pero, como éramos aprendices teníamos que hacer los mandados; íbamos a traer el cuero que venía chorreando de las curtiembres, nosotros cargábamos la suela mojada, era pesada. Luego teníamos que lavar bien la suela y como antes había acequias, allí se lavaba. Era pesado lavar, luego poner en la mesa y reunir todita la suela como planchas; para lavar bien, siquiera una hora. Allí sabíamos estar... sudando”.* (Manuel Arévalo)

Los talleres eran, en aquel momento, escuelas de reconocido prestigio, donde aprendían

el oficio gracias a experiencias directas en su trabajo y a la guía cercana del maestro artesano.

*“Cuando entré a aprender el oficio de hojalatero, yo creí que me iban a pagar alguna cosita para poder sobrevivir... pero bueno no era tanto el interés del dinero sino la necesidad era aprender el oficio: a los tres años que estuve allí, me empezaron a pagar tres sucres a la semana”.* (Julio Muñoz)

*“Nuestros tíos no nos pagaban ni medio, llegaba la semana, nos íbamos con la ropita sucia, nosotros mismos teníamos que comprar el jabón y lavar. No nos daban nunca ni un medio hasta aprender, ya cuando medio se sabía algo nos daban una tonterita; pero, como antes con un centavo usted compraba un puñado de alfeñiques, redonditos, cinco, seis sólo con un centavo. Eso era hace años, cuando estuve en la escuela”.* (Manuel Arévalo)

En ese entonces, los arrie-ros eran clientes frecuentes de los talabarteros porque era común recibir en las talabarterías, sobre todo en época de lluvias, ciertos trabajos de compostura de aperos, monturas y hasta de las alforjas que cargaban estos hombres, dedicados a transportar cargas en sus mulas y a guiar a los viajeros que debían salir hacia Guayaquil o hacia Quito.

*“Eran alforjas grandes de cuero en las que llevaban*

*botellas de trago y también los tinburros que eran fiambres con cuyes asados y tostado, comidita que duraba y que no se dañaban en los cuatro días que andaban por montañas y cerros hasta llegar en Loja, porque para allá iban creo más que a Quito mismo”.*(Manuel Arévalo)

De los talleres de los talabarteros salía también una significativa cantidad de objetos que no solo estaban destinados a los mercados cercanos sino que



eran comercializados incluso en el Perú.

*“Llevaba siquiera unas cuatrocientos o quinientas correas; se hacían viajes a lomo de burro, carros no había, solo a pie se andaba. A Loja eran cuatro días, si no dejaba allí las cosas avanzaba a Catacocha, a la frontera con el Perú. En Loja había buenos maestros, ese tiempo casi había en todas partes talabarteros, porque como digo este arte era muy bueno”.* (Manuel Arévalo)

En Cuenca, en el año de 1909, según Octavio Cordero Palacios, existía una cervecería, molinos de harina, así como talleres mecánicos y de fundición; además, señala como los principales oficios en la ciudad de principios del siglo pasado a la ebanistería, cerrajería, sastrería, talabartería, zapatería y joyería.

Hasta 1914 las casas de Cuenca con sus patios, corredo-

res y huertas, así como las iglesias, las calles y sus caminos, se alumbraban con esfermas y velas de cebo o parafina; de allí, la enorme y significativa importancia del trabajo de los maestros hojalateros, quienes a más de hacer enseres para labores agropecuarias, para la casa y para la construcción, elaboraban en grandes cantidades candeleros, candelabros, palmariorias, candiles y mecheros, lámparas o briseros.

Existen muy pocas referencias bibliográficas explícitas en torno a la hojalatería; sin embargo, es un oficio artesanal con fuertes raíces coloniales. Su presencia en Cuenca, según documentos notariales, data de 1682; los hojalateros formaban parte del grupo de artífices dedicados a los oficios del metal, entre quienes estaban incluidos herreros, plateros así como herradores, fundidores, paileros, latoneros, espaderos, plateros, batihojas.

Mientras el término talabartero aparece tan solo hasta

1670 en la documentación notarial de nuestra ciudad; sin embargo, el desarrollo del trabajo con cuero o piel comienza a intensificarse en forma paralela a la fundación de Cuenca, debido a la necesidad que tenían los españoles de fabricar monturas y aperos para sus animales de carga y de monta, a más de ciertos objetos y recipientes de gran utilidad entre la naciente población cuencana.

La asombrosa habilidad y el inigualable ingenio de los nativos de estas tierras para adaptarse a las necesidades de los primeros pobladores ibéricos, cuyos requerimientos distaban mucho de sus ancestrales costumbres y tradiciones, pronto les llevó a convertir su trabajo en singular característica de los habitantes de estas regiones.

Conocedores, sin duda, de las alquímicas técnicas del trabajo con el fuego y los metales, así como del cuidadoso tratamiento para la obtención de las más finas pieles para su vestuario y sus utensilios,

el trabajo de talabarteros y hojalateros, artesanos cuya labor permitía obtener ciertos utensilios de uso doméstico y agrícola, estuvo vinculado de manera directa con aquellas actividades ligadas a la vida económica de la ciudad y de la provincia.

Más todavía si consideramos que, durante la colonia y hasta bien entrado el siglo XX, la economía de la ciudad de Cuenca y las zonas rurales de la región estaba sustentada en la producción agrícola ganadera; de allí también que la hojalatería, la más humilde de las artesanías entre los oficios del metal, testifique a través de la gran habilidad de sus artesanos y de la enorme humildad y sencillez de su producción, el devenir histórico de las necesidades sociales y culturales de nuestra colectividad.

Hojalateros y talabarteros son quienes muestran, a través de su trabajo, las costumbres, los hábitos en la vida cotidiana

de la gente y, sobre todo, los cambios y transformaciones que se producen en la comunidad, muchas veces marcados de acuerdo con las piezas y con los utensilios que van construyendo o dejan de hacerlo.

*“Los talabarteros hacíamos para los cuarteles cientos y cientos de pares de polainas; antes era solo las polainas, no usaban botas o zapatos de caña alta. Se ponían los zapatos y las polainas. Las polainas eran como unas cimbras, como un papel arrugado pero en suela; eran eternas, de esto siquiera debe ser como unos setenta años. Hacíamos también carriles para la escuela, tenían un respaldo con una tabla para que aguante más y una correa; eran medio pesadas, pero duraban una eternidad... todo era solo cuero”.* (Manuel Arévalo)

*“Latas para tostar café, latas para hornear pan, achoteros para sacar manteca de color, bolsas para*

*pasar café, harneros, cedazos, cernidores, tarros para manteca, baldes con distintas medidas, cucharones, balanzas son utensilios de cocina que muy pocos hojalateros trabajan ya. Enseres domésticos como recogedores de basura, embudos, basureros, tinas, bacinillas, peroles, lavacaras ya no son producidos en los talleres de hojalatería si no es por pedido expreso”.* (Gloria Quisphe)

Aunque la hojalatería es una de la artesanías con un alto contenido utilitario destinada a satisfacer necesidades primarias y secundarias de los integrantes de una comunidad, al estar expuesta a los vaivenes de una sociedad post industrial, es uno de los oficios tradicionales en el umbral de la desaparición, pero al mismo tiempo en un intenso y creativo proceso de readaptación de su producción.

*“Desde cuando se dolarizó bajó la venta; además, entran productos*

*de Colombia, de Perú y ahora hasta de China y muy barato. Pero, lo que a nosotros nos acabó fue el plástico, porque a pesar de mirar nosotros el deseo de nuestros clientes por comprarnos, por el dólar o los dos dólares que se ahorran ese instante, compran de plástico, pues son dineros que les permite por ese día llevar algo más de comida a la casa". (Gloria Quishpe)*

El descubrimiento del petróleo y todas sus consecuen-

cias tecnológicas significó no sólo cambios en los hábitos y costumbres de consumo de la colectividad, sino también llevó a que ciertas artesanías como la talabartería y la hojalatería ahondaran su crisis; más aún, la tradicional producción de esas artesanías no sólo se vio afectada por la intruducción de nuevos materiales para su elaboración, sino también por la migración de un significativo número de trabajadores del campo, situación que perturbó su ya reducido mercado.



Es desde mediados de los años setenta cuando comienza a sentirse una paulatina y constante disminución de los niveles productivos, tanto en los talleres de los artesanos talabarteros como de los hojalateros.

*“El trabajo bajó bastante y la libre entrada de productos de Perú y Colombia arruinaron nuestro trabajo y en general, el de todos los artesanos. Ahora vienen monturas, cinturones, sombreros de suela y hasta alforjas de Colombia..., maravillas se ven en los almacenes; sin hablar de los almacenes de los chinos con tanto producto barato pero que no sirven para nada. Acá mismo han venido luego de comprar cinturones chinos y me dicen: vea maestro ocupe la hebilla y déme haciendo el cinturón. Esto nos tiene arruinados, nos tienen fregados a los que teníamos trabajitos, ahora no tenemos nada; en tiempos de buen trabajo, en ese entonces yo tenía cuatro oficiales, pero el trabajo*

*en todas las talabarterías fue mermando desde hace más o menos unos treinta o cuarenta años. Ya en aquel momento se trabaja poco y ahora solo tengo un oficial que está trabajando desde hace años conmigo”.*  
(Manuel Arévalo)

Sin duda, el mercado para la producción tradicional de la talabartería como son monturas y aperos para animales de monta y de carga está reducido en la actualidad a un pequeño círculo de propietarios de haciendas de cierta extensión, al desarrollo de actividades deportivas o al eco turismo.

Mientras tanto la producción tradicional de los maestros hojalateros y talabarteros intenta ampliar su mercado mediante un singular proceso de recreación, como una reacción natural de supervivencia para superar su aparente afuncionalidad y su desarticulación del entramado económico actual.

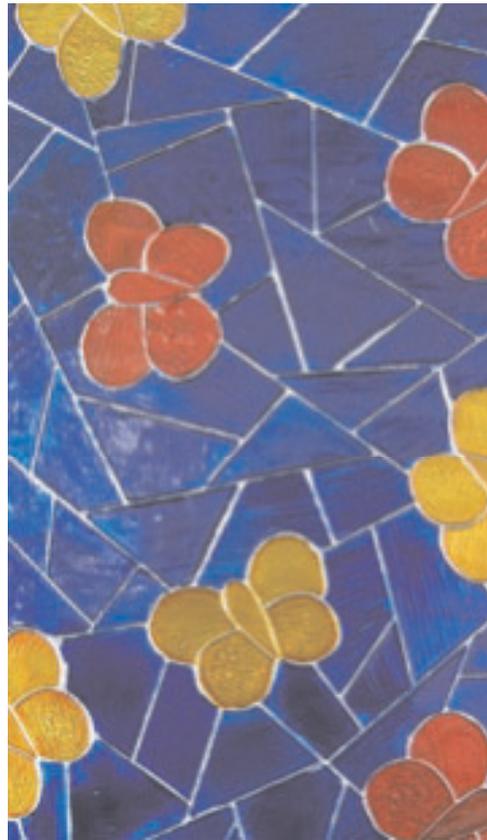
Así vemos cómo los maestros talabarteros ofrecen ahora

a sus clientes estuches de celulares para toda marca, estuches para armas, para lentes y gafas, estuches para radios y aparatos de comunicación, diskmans o estuches para cualquier instrumento electrónico moderno. O cuando aparecieron locales para la venta de pollos asados y los hojalateros comenzaron a hacer unos baldes en forma cónica, largos, no muy anchos, sin asiento que sirven para matar pollos.

*“Se agarra a la avecita por las patas y se le mete por el balde; ya luego cuando saque su cabeza por el agujero..., se les pasa el cuchillo. Sufren menos..., no se lastiman sus alas, no se daña su carne; es más rápido, salpica menos sangre. Los dueños de las avícolas nos mandaban a hacer estos baldes”.* (Gloria Quisphe)

Si bien el número de jóvenes interesados en aprender oficios artesanales es cada vez menor y la disminución de talleres dedicados a la talabartería

y a la hojalatería tradicional es evidente, el sólido dominio de la geometría, del cálculo matemático, el dibujo técnico, de la física, del diseño les asegura a los maestros hojalateros emplear sus conocimientos para aplicarlos en aquellas necesidades de sus clientes que la modernidad no logra resolverlas.



*“La hojalatería es demasiado amplia, hay cosas que se improvisan ese momento, de acuerdo al deseo y a la necesidad del cliente; sea esto para elaborar productos alimenticios: moldes para quesos, helados, yogures, bolos, etc. En este sentido hay que inventarse una serie de herramientas y adaptar máquinas apropiadas para ello. No podemos decir que se acabó la hojalatería, muchas cosas que nos piden los clientes tenemos que inventarnos. Con hojalata, unas tijeras y un compás se puede hacer cualquier cosa”.* (Miguel Durán)

De igual manera, los artesanos talabarteros conocedores de las virtudes de la materia prima con la que trabajan, manejan también el dibujo, el cálculo matemático, el dibujo técnico y el diseño con mucha naturalidad y esto les permite manipular la suela y el cuero, con tanta facilidad, que resulta extraordinario mirar la suavidad con que toman el cuchillo

y lo deslizan sobre los trazos, que con anterioridad realizan sobre el material.

*“Con la suela se hace lo que uno quiera, puede hacerse cualquier cosa que le viene a la idea”.* (Manuel Arévalo)

*“Carteras hago desde hace muchos años, antes se vendían más, faltaba manos para trabajar. Hay épocas que se pierden, nadie pide carteras de suela y ya cuando la moda vuelve es bueno para uno. Este oficio es como las olas del mar: las cosas van y vuelven y cuando se van, uno ya está listo con nuevas cosas; a mí a veces me gusta matizar la suela con otros materiales: tejidos, bordados, etc., la cosa es buscar, no dejar morir el arte...”* (Mercedes Cando)

Los acelerados avances tecnológicos experimentados desde la segunda mitad del siglo pasado, la urbanización de los poblados, el relativo mejoramiento en las vías de

comunicación, la introducción al mercado nacional de productos elaborados con materiales sintéticos, así como el continuo proceso migratorio de nuestra población, determinaron que sean cada vez menos las tala-barterías y hojalaterías existentes en nuestro medio y muy pocos los maestros artesanos, los oficiales y aprendices de estos oficios artesanales que

se encuentra en una franca e innegable crisis existencial.

En la actualidad existen tan solo siete maestros tala-barteros que ejercen el fino arte del trabajo del cuero y la suela en Cuenca. Sólo dos de ellos cuentan con el trabajo de oficiales; únicamente en una tala-bartería se vive la continuidad de la tradición familiar, aunque



baja en su casa a medio tiempo porque es chofer de una unidad de transporte escolar.

En Cuenca aún podemos conversar y contar con enriquecedores testimonios de vida y trabajo de maestros hojalateros mayores a setenta años, algunos retirados y otros que trabajan sólo a pedido. Escuchar sobre la familia Gutiérrez, Durán, Chaca, Jimenez, Muñoz, Bustos son referencias imprescindibles para comprender el sorprendente mundo de la hojalatería y su inmenso e invaluable aporte en la historia y en la cultura de la ciudad.

Como también lo son apellidos de respetuoso renombre entre los talabarteros y de permanente y cariñoso recuerdo como Eusebio Bermeo, Juan Miguel Gallegos, Alberto Barrera, Manuel Astudillo, Vicente Andrade, Carlos Domínguez, Rafael Álvarez, así como de los hermanos Luis y David Gualicela como referente de buena calidad en la elaboración de productos de talabartería

conocemos que descendientes y familiares de maestros talabarteros fallecidos conocen el oficio de sus ancestros; tres talabarterías mantienen un nivel productivo, más o menos constante, que les permite ciertos ingresos económicos; uno de los maestros talabarteros tra-

y ascendientes de la mayoría de los pocos talabarteros que aún en estos días ejercen su oficio.

Sin embargo, consideramos que el número de talabarterías y hojalaterías existentes en Cuenca no cuestiona en ningún momento su funcionalidad como oficios artesanales, a pesar de que su producción tradicional está destinada a

limitados sectores sociales, porque la agudeza creativa de hojalateros y talabarteros, en conjunción con el profundo conocimiento que tienen de la materia y de las técnicas de trabajo, les está permitiendo readaptarse a las exigencias de la modernidad, abrir nuevos mercados y potenciar toda su amplia experiencia a fin de *“buscar que no decaiga este arte”*. n